

Rayado de lo escondido



*Juan Camilo Herrera Casilimas**

kuroneko_club@hotmail.com

Acá no huele a mierda, más bien huele a orines secos filtrados en los espacios de cemento entre las baldosas, capas superpuestas de orines en las paredes de los cubículos metálicos oxidados, o pequeñas cantidades estancadas en las esquinas. En definitiva, no huele.

Personalmente no permanecería acá por mucho tiempo, por esto es que me parece tan extraño que los baños estén llenos de letreros. Ignorando este contexto, algunos se toman el tiempo de escribir ideas filosóficas que luego se convierten en conversaciones, protestas políticas que pueden ser apoyadas por otros escribas, conflictos entre géneros o simplemente los sentimientos fanáticos por un equipo de fútbol; estos son los temas reiterativos. Sin embargo, existen unos avisos en particular que llaman mi atención, son anuncios de hombres buscando sexo...

Medio día, lluvioso, edificio atestado de gente mojada, el agua que su ropa ha absorbido empieza a evaporarse y el olor de la ropa húmeda, un poco caliente, se mezcla con el de los almuerzos recién abiertos. No sé qué facultad es, no estudio acá, sólo he venido porque fue aquí, en la Nacional, donde descubrí estos letreros. Para entrar al baño hay un orden que no se ve pero existe, una fila desordenada y dispersa, hay tanta gente que me empieza a dar un poco de pena entrar con el lápiz y la libretita para tomar nota. Cuando entro es peor, pues se sienten las tensiones en un espacio como éste, relacionado directamente con el sexo, falos, tacto, desnudez, excreción. Claro, cualquiera se siente vulnerable, por eso la competencia de machos, miradas desafiantes, exhibicionismo de cuerpos y miembros imaginados, despliegue de testosterona... No soy capaz de mirar por mucho tiempo a nadie, apenas el camino hacia el cubículo, llegar allí en estas circunstancias es un descanso. Aún así la publicidad está por todos lados, en cada una de las paredes, incluso en el marco de la puerta, ningún espacio es virgen, sólo el techo, nadie se pondría en evidencia

▷▷ * Estudiante de Filosofía y danza contemporánea. Taller Biblioteca Virgilio Barco.

escribiéndolo y tampoco resultaría tan eficaz si se quiere que el anuncio sea visto... Es un buen medio de divulgación el poner lo que se busca o lo que se opina en el baño de una universidad pública, cualquiera que entre está obligado a leerlo y de una forma tan desprevenida, justo en el momento de relax, cuando nadie observa y se piensa en los huevos del gallo. En parte esto explica por qué se toman el tiempo.

♦ Eduardo en todas las paredes

Eduardo, primer individuo al que llamo a un teléfono fijo, además dice: *"lo mamo y chupo el culo"* y esto me hace pensar que es sumiso, dispuesto a obedecer a tales peticiones. Sus letreros están en los baños de varias facultades, diseño, física y artes plásticas: es metódico, ¿y de poca suerte? No está, me dicen que llega en dos minutos, ya lo volveré a llamar. Mientras tanto chateo con un amigo, la camarita está encendida. Suena el teléfono, me da escalofrío, ha devuelto la llamada.

Su voz no es amanerada, es gruesa, suena como un 'ñero' viejo por la forma ordinaria en que pronuncia las palabras, si éstas pudieran tocar manosearían con los dedos sucios y pegajosos. Va directo al grano, no le importa el nombre, la edad, ni nada parecido, sólo dice: *"¿Y entonces?"* Voz jadeante, respiración entrecortada; lo imagino echado en algún sillón, tocándose. No me excita, el tono de su voz me adormece un poco. *"Pues nada, que quería saber si lo del letrado es verdad"*, y comienzo a hacer preguntas que en este caso resultan un poco inocentes; determinadamente las evade con respuestas cortas, hasta llegar a la pregunta *"¿Y...qué le gusta hacer?"*. Sé de ciertas aberraciones, y bueno, lo que estaba escrito era bastante claro, pero a medida que sigue hablando sus palabras me hacen entender que tiene una marcada fijación por el excremento. (Me siento idiota escribiendo sobre esto, hastiado de todo lo que me dice, desesperado por no lograr un tono para describirlo. La camarita sigue encendida). Llega el punto en que libero una risa nerviosa, él sigue: *"Papi, de qué de ríe si esto es un gusto"*. Luego me dice que lo tengo muy arrecho, que si yo también lo estoy. *"No particularmente"*, respondo. *"¡Ah! ¿Por qué no se viene? Cuando esté en la 45 con 19 me llama de una cabina y lo recojo. Venga y la pasamos rico, mire que no nos vamos a demorar"*, insiste. *"No, ahora no, me tengo que ir... Luego hablamos"*, corto para que no continúe, ya tuve suficiente información.

Se supone que venía a una conferencia en la que me encontraría con unos amigos, pero llegué tarde y tengo curiosidad por otros baños que no he recorrido. Entonces voy al edificio viejo de ingeniería, punto de encuentro tomado como referencia en varios letreros, *"A la 1 en ingeniería viejo"*, escriben, además una compañera que acabo de encontrar me dijo que si buscaba baños rayados estos eran los propios, con puerta de madera y sin remodelar, últimamente han estado instalando cubículos metálicos, plateados, mate, difíciles de rayar, y baldosas blancas y brillantes, en ambas superficies es posible ver, aunque levemente distorsionado, el reflejo.

♦ **Cual gato asustado**

De nuevo en un baño, sumergido en la atmósfera densa de este lugar silencioso, rincón al que sólo llegan los restos de las voces que recorren la construcción, sensación de sueño. Dos hombres se lavan las manos o la cara, están a punto de salir, cruzo derecho a uno de los compartimientos y me encierro un rato para anotar los letreros; hay otro de Eduardo. Termino, uno de los hombres sigue allí, sólo quedamos los dos, reviso los otros cubículos dejando las puertas abiertas, empezando un juego extraño al ver como reacciona el tipo que pone cara de sorprendido. Salgo, no sin antes mirar atrás, no lo veo, se ha metido en una de las cabinas. ¿Por qué ha permanecido tanto tiempo dentro del baño? Parece que es de los que ponen horas específicas de encuentro, de los que esperan a alguien todos los días... Casi bajo las escaleras pero me detengo y me devuelvo (muchas veces los mundos ocultos, un poco oscuros, son más fuertes y verdaderos que la rutina visible). Desaparece, es raro porque aún no lo he visto salir, entonces intento mirar desde lejos por debajo de cada puerta, yendo hacia la cabina de la esquina izquierda, pero no logro ver pies; me doy la vuelta y descubro una parte del baño que no había visto antes: hay dos cubículos más, pienso que está ahí pero tampoco, en cambio me encuentro con más letreros, los apunto rápido sobre un volante que me dieron hace un rato, con la puerta abierta, al cerrarla está él, me dice tranquilamente *“¿Qué haces? Ah, mirando lo que escriben. Ven”*. Sello mis labios y no respondo nada, una especie de parálisis producida por lo inesperado, sólo lo miro: es un hombre pequeño con unos *jeans* medio apretados, bota campana, deshilachados. Tiene un saco azul oscuro y gel en el pelo corto, nada particular físicamente. Los ojos le brillan y me habla de forma dulce, con cierta ternura, como si se dirigiera a un niño y puede que en ese momento lo pareciera, pues abro mucho los ojos, gato asustado, acorralado en una esquina. *“Ven”*, repite, muevo la cabeza diciendo “no” y me escapo caminando por un lado, él no me retiene, no es una situación pesada, en cambio continúa el juego en que ambos —él siguiéndome e insistiendo y yo evadiéndolo— nos divertimos. Viene detrás de mí, avanzo más rápido, bajo las escaleras, me tropiezo pero sigo y logro salir del edificio. Pienso que he escapado, o por lo menos que ya voy lejos, pero viene detrás y me dice que no tenga miedo; me hago el que lo ignoro y me pongo nervioso, no sé como responder, no sé qué quiero hacer.

Todo termina, de lejos veo a mis amigos, corro y los abrazo diciéndole al hombre que no estoy solo. A pesar de que hubiera preferido seguir el juego no supe cómo reaccionar.

♦ **Nadie habita en un baño**

Debí haber hablado con este tipo, aprovechar que lo tenía al frente. Hace un tiempo lo hubiera hecho, hasta hubiera podido ir un poco más allá. Ahora sin más datos, sólo anotaciones de otros letreros, números telefónicos, un montón de suposiciones e ideas repetitivas que no se resuelven; pasan los días sin que pueda escribir. He llamado a algunos otros pero nunca

están, o no es su casa, o suena ocupado, o buzón de mensajes, o, como un par de veces sucedió, no habían sido ellos —cosa que con uno dudé de que fuera así—, quienes ponían los letreros. Anderson, el personaje de quien sospeché, se asustó cuando, al igual que a Eduardo, le pregunté si era verdad lo de los baños y me respondió reiteradas veces que no. Por lo temeroso de su voz se me cruzaron dos ideas: o se arrepentía de haberlo puesto, o alguien lo había escrito para molestarlo y ya muchas personas lo habían llamado.

Nadie habita en un baño, sólo se pasa un rato, se transita, pero empiezo a sentir que vivo en este espacio y que además no soy el único. Encierran sus palabras en esta caja, muro de lamentaciones. Vienen a llorar, las paredes, las puertas, el piso, el techo, todo tiene los residuos de sus lágrimas, el registro de sus vidas. (Buscando a los monstruitos que se esconden tras estas huellas resulto descubriendo que en parte también me pierdo por momentos en una clandestinidad, especie de oscuridad húmeda, refugio al que se va a parar con lo que se prohíbe de lo que en el fondo se desea). Su vida, rayones escondidos con un fondo gris o blanco turbio, pintura descascarada por el óxido, llena de manchas, tachones e insultos porque hasta lo escondido intenta ser borrado. Pero ahí están, no hay que buscar mucho para encontrarlas y no dejarán de seguir apareciendo.